

S. ALBERTO MAGNO

PRIMERA PARTE

I.—*Introducción.*—

II.—*Biografía.*—

I

La canonización y proclamación de Alberto Magno como Doctor de la Iglesia, el 16 de Diciembre del año pasado, ha atraído nuevamente la atención pública sobre esta egregia figura de sabio y filósofo medioeval. Las varias obras suyas inéditas, que en las últimas décadas se han descubierto y examinado, las ediciones críticas de las ya conocidas, y el vigoroso renacer de la Escolástica, desde hace tiempo han concurrido a precisar y realzar los perfiles del que en las remotas leyendas populares de Europa aparecía como representación casi fabulosa de la sabiduría en la Edad Media.

Ensalzado por el Dante, que pone su elogio en labios de Santo Tomás de Aquino, en el Canto X del *Paraíso*; pintado en los frescos de Fra Angélico; denominado en las Escuelas *Doctor Universal*; calificado, por Ulrico de Estrasburgo, de “asombro y milagro de su tiempo”; la imaginación del vulgo lo adoptó como el más prodigioso tipo de filósofo y mago omnipotente, repetición del Papa Silvestre y anticipación de Fausto. Adornándolo con fantástica aureola, contaban que, en mitad del invierno, para agasajar a Guillermo Conde de Holanda y pretendiente guelfo al Imperio Germánico durante el gran interregno, evocó en Colonia jardines primaverales, poblados de pájaros cantores; que fabricaba hombres autómatas y talismanes invencibles; que una vez descendió al Purgatorio; y que otra lo llevó a Roma por los aires el Diablo, el cual fué sojuzgado y acallado por la soberana ciencia del mismo Maestro Alberto en públicas conclusiones. El personaje así poetizado, trocado en mito del saber en los siglos medios (del propio modo que Carlomagno lo era del poder y Ro-

lando del valor), fué en realidad insigne naturalista e importantísimo observador científico, químico, arquitecto, metafísico sincrético, teólogo, místico y escriturario, en todo eminente; pero principalmente iniciador en filosofía del *tomismo*, sistema que recibió de su mejor discípulo nombre y cabal perfección, y que subsiste sólido y fecundo, en la luminosa altura de los más felices esfuerzos logrados por la mente humana.

No es ya lícito ni decoroso el frívolo e ignorante desdén que los siglos XVIII y XIX mostraron por la Escolástica; y menos que nunca puede ser oportuno ahora que todos los indicios nos presagian una nueva Edad Media tumultuosa en que, tras la anarquía de los comienzos, se aspire al fin a una síntesis racional. La que se alcanzó en el siglo XIII y mereció llamarse por excelencia *Filosofía Cristiana*, no se obtuvo ciertamente sin empeñosas luchas contra tendencias panteístas o escépticas, que provenían de muy atrás. Desde el efímero renacimiento carolingio, en el siglo IX, Escoto Eriugena (o el *Irlan-dés*) plantea el monismo emanatista de los alejandrinos, que parte, a la manera de Hegel, de la identidad del Sér y del No Sér. Dos centurias después, en plena edad de las Cruzadas, retoña el panteísmo idealista con Guillermo de Champeaux y la escuela de Chartres; al paso que el conceptualismo de Abelardo frisa en el racionalismo determinista, y el nominalismo de Roscelino, llamado hoy por Bonaiuti "el filósofo de la contingencia", cae en el genuino positivismo. Juan de Salisbury, Obispo de Chartres y amigo de Santo Tomás Becket, se asienta en la duda metódica, como Descartes; y al igual de Locke y Hume, invalida el principio de la causalidad, siguiendo en esto quizá las huellas del persa Algacel y de los tradicionalistas musulmanes llamados *Motecallemín*. Porque a las audacias, más o menos espontáneas, del pensar europeo, vinieron a sumarse desde el siglo XII las de los orientales árabes y judíos, intérpretes y desformadores de los antiguos griegos. Especialmente Averroes, el comentador de Aristóteles, fué el gran fautor de incredulidad y materialismo, con sus tesis negativas de la inmortalidad individual, del libre arbitrio y de la providencia divina, y con su teoría céntrica del *monopsiquismo* o razón impersonal. Esta tremenda invasión ideológica penetraba a la vez por tres puntos: la escuela española de los traductores toledanos, la corte descreída y semisarracena de los Hohenstaufen en Palermo, y en fin la decadente Constantinopla de los Comnenos, según ciertos textos franceses lo señalan. Concurrían a acrecentar el peligro las

herejías del Sureste de Francia *albigenses* maniqueos, y *valdenses* antijerárquicos y comunistas, y el impío laicismo del Emperador Federico II, que encarnizaba hasta la exasperación la contienda contra la Iglesia. A salvarla vinieron, reanimando el espíritu religioso, los órdenes mendicantes de Franciscanos y Dominicos; y en esta última surgieron milagrosamente, en el decisivo momento, S. Alberto el Magno y Santo Tomás de Aquino, para impugnar a Averroes y reconciliar la doctrina de Aristóteles con las verdades católicas, amenazadas por la arrolladora inundación de las nuevas corrientes.

II

Ya en aquella época, los dos mayores genios especulativos, el alemán Alberto de Bollstadt y el napolitano Tomás, el precursor y maestro, y el discípulo superador, brotan en tierras privilegiadas siempre para el pensamiento. Nace el primero en la Suabia, cuna de Schelling y Hegel; y el segundo, con no poca sangre germana, en la Magna Grecia de los pitagóricos y eleatas, patria de los posteriores filósofos del Renacimiento, y de Vico y sus continuadores hasta el presente. Ambos, Alberto y Tomás, salieron de familias feudales y gibelinas; e ingresaron en la moderna orden de los Dominicanos, venciendo la tenaz oposición de sus propios parientes.

Pertenecía S. Alberto a la alcurnia de los Condes de Bollstadt, como primogénito suyo; y su castillo nativo se levantaba a corta distancia al norte de la población de Lavingen, sobre el Danubio, en la región comprendida entre Augsburgo y Heidenheim. Es inseguro el año de su nacimiento. Los biógrafos se dividen entre las fechas de 1193, 1206 y 1207, sin que se aduzca argumento inapelable para ninguna de las tres. Entre las autoridades más recientes, J. A. Endres, el dominicano P. Mandonnet y el jesuíta P. Pelster contradicen el dato tradicional de 1193; pero en cambio otro jesuíta, el P. Emilio Michael, lo corrobora en sus notables monografías publicadas a principios de este siglo. De un lado, parece que, si hubiera nacido en la última década del XII, los cronistas no lo habrían calificado de *muy joven* al profesar y ordenarse hacia 1228, pues habría contado ya más de treinta y cinco años. De otro lado, una tradición constante le atribuye la edad de ochenta y siete años, al morir en 1280. Robustece dicha versión lo que se cuenta de su decaimiento mental

en los postreros tiempos; y su excusa de regresar a París en 1270, fundada en reconocida longevidad, no corresponde a un hombre apenas sexagenario, y de proverbial y extraordinario vigor.

Sea lo que fuere de estas leves incertidumbres biográficas, hemos de imaginarlo en su adolescencia y primera mocedad como muy afecto a los ejercicios caballerescos, deportivos y cinegéticos, cual convenía a su linaje y se comprueba con diversas citas de sus obras de Física, relativas a sus experiencias en la caza y cetrería. Demuestran, al mismo tiempo, su temprana vocación al estudio, y en particular a la observación de los fenómenos naturales. Acompañando a su padre el Conde, que iba en servicio del Emperador, atravesó los Alpes, para aprender la primordial Facultad de Artes en la flamante Universidad de Padua. Recorrió las comarcas vecinas, singularmente las de Lombardía y Venecia (1). Atraído en la misma Padua, hacia 1223, por la predicación del Beato Jordán de Sajonia, segundo Maestro General de los Dominicos, tomó el hábito, no sin largas vacilaciones, habiendo sobrepujado las dificultades que le pusieron su gibelino padre y un su tío, sacerdote secular. En 1228 estaba ordenado y se dedicaba a la enseñanza. Su ejemplo hizo que un hermano suyo, Enrique, el futuro Prior de Wurzburg, y dos hermanas, profesaran igualmente en los claustros de Santo Domingo.

No creo verosímil que S. Alberto estudiara en la Universidad de Bolonia, pues allí la Teología sólo fué cultivada como ciencia aparte desde los tiempos de Inocencio IV (1243). Mucho más lógico es admitir que fué desde luego a París, foco universal de la indagación filosófica y religiosa, y donde dos cátedras universitarias de Teología incumbían ya a los Frailes Mendicantes; y que posteriormente hubo de ir a Colonia, donde explicó en dos cursos los textos de Pedro Lombardo. Desde 1233 lo hallamos de Lector de Teología en Hildesheim, ciudad, en aquella época, de las más cultas y famosas de Alemania. Pasó a enseñar, por 1235, en Friburgo de Brisgau; después de 1236, por dos años, en Ratisbona, donde aún se muestra su aula, llamada *capilla del Maestro Alberto*, contigua a la iglesia dominicana; y hacia 1244, en Estrasburgo. De allí volvió sucesivamente a París y Colonia. Toca a este segundo período parisiense la leyenda de sus disertaciones al aire libre, por la inmensa afluencia de oyentes, a que se ha atribuido el origen del nombre de la Plaza Maubert en

(1)—*Meteororum* 1,3.— *De mineralibus* 1,2.—

París. Residía en el convento de Saint-Jacques, junto al moderno Panteón, entonces abadía de Santa Genoveva, que en el siglo anterior cobijó al célebre Abelardo. En París y en Colonia tuvo S. Alberto Magno, cuando menos por seis años, a Santo Tomás de Aquino como su más fiel y adicto alumno, cuyo genio supo discernir antes que nadie, y a quien impuso al cabo en la Universidad de París, no obstante la taciturnidad y juventud de Santo Tomás. Los historiógrafos no están acordes sobre el tiempo y lugar en que por primera vez se vieron los excelsos maestro y discípulo. El P. Pelster sostiene, contra la corriente opinión, que fué en Colonia, por el 1245.

En la calle Soufflot de París, entre el jardín del Luxemburgo y el Panteón, existe una placa recordatoria de las derruidas celdas dominicanas de Saint-Jacques, inmortalizadas por haber albergado a Santo Domingo y su hermano el Beato Manés de Guzmán, y a los dos sumos filósofos de la Orden, S. Alberto y Santo Tomás. En la desaparecida iglesia que les era aneja, predicó S. Alberto sus numerosas explicaciones sobre el *Padre Nuestro*, el *Ave María* y el *Credo*, que se conservan casi íntegras. Consta que en París S. Alberto vivió en el trato y familiaridad del Rey S. Luis y de los dos Infantes castellanos, D. Sancho y D. Felipe, hijos del Rey S. Fernando y que por aquellos años estudiaban en la capital francesa.

En 1248, fué enviado otra vez a Colonia, para establecer y dirigir el Colegio General. En los años siguientes, de continuo en Colonia, influye en los planos de la gigantesca catedral y de otras renanas (consúltense Echard, Sighart y Marchese) (2); rinde homenaje, como ferviente güelfo, a Guillermo de Holanda, aspirante al Imperio; y, empleando en favor de la quietud pública su crédito excepcional, sosiega los alborotos y dirime como árbitro los pleitos entre el Arzobispo colonense Conrado de Hochstaden y los burgueses, sobre acuñación de monedas y tributos (1252); y entre las ciudades de Colonia y Utrecht, la abadía de Britscheid y el capítulo de Aquisgrán (1260). Desde 1254 a 1257 fué Provincial de toda Germania, jurisdicción que se extendía de Frisia y Holanda hasta Viena inclusive, y

(2)—Echard, *Scriptores Ordinis Praedicatorum* (París, 1719), t. I. pags. 162—184; reproducido al principio de las *Opera Omnia* de Alberto el Magno, 38 vols. París, 1890 y sigts).—

J. Sighart, *Albertus Magnus*, (Ratibosna, 1857; trad. francesa de París, 1862).—

Marchese, *Memorie del piu insigni architefti domenicani*, (Bologna, 1878).—

las riberas bálticas; y entendió en la conversión de los paganos de Livonia y Polonia, y en los asuntos del Brandemburgo. En el ejercicio del cargo, recorrió a pié y mendigando, conforme a la estricta observancia de la regla, los dilatados territorios alemanes. El Papa Alejandro IV lo convocó en 1256 a la controversia de Anagni, contra el canónigo del Franco Condado Guillermo de Saint-Amour, para defensa de las órdenes mendicantes. En esta pública disputa, llevó el mayor peso S. Alberto. La resumió por escrito su discípulo y colega Santo Tomás; y salieron condenados, en desigual grado, el herético Guillermo y el franciscano Juan de Parma. Mientras permaneció en la Curia Pontificia, a consecuencia de la discusión de Anagni, predicó los sermones sobre el Evangelio de S. Juan, cuyo vibrante prólogo constituye su mejor título literario. Al propio tiempo, escribió el tratado *Contra Averroístas, De unitate intellectus*. Asistió al capítulo general dominicano de Valenciennes, en 1259; y en compañía de Santo Tomás y del futuro Papa Inocencio V, reformó todos los estudios de los frailes Predicadores.

A fin de remediar los daños causados en la diócesis de Ratisbona por el Obispo, Conde de Pottigau, fué consagrado para sucederlo en 1260. Con admirable celeridad, reparó en poco más de dos años la situación lastimosa del obispado; y aún, entre sus recargados afares pastorales, acertó en ese tiempo a componer el importante *Comentario del Evangelio de S. Lucas*, que en gran parte redactó durante las breves temporadas que se retiraba a descansar en el castillo episcopal de Stauf. Dimitió la mitra de Ratisbona en 1262. La hermosa homilía sobre la Virgen, pronunciada en Tréveris, es de esta época. Predicó la cruzada en Alemania y Bohemia, de 1263 a 1264. Se detuvo por tiempos en la ciudad de Wurzburg, del año 1265 al 1267; y en ella dirigió la fábrica de la Catedral, y compuso las desavenencias entre el Obispo, los burgueses y los Barones de Wegenheim. En 1266 se restituyó a Colonia, a continuar sus enseñanzas; y a poco se advierte su benéfica mediación, entre las turbulencias del Interregno, pues en 1271 reconcilia al Arzobispo Engelberto de Filkenburg con la insurrecta burguesía.

Llegaban entretanto alarmantes nuevas universitarias de París, por la reñida polémica entre los teólogos ortodoxos y los crudos averroístas dirigidos por Sigerio de Brabante, el cual fue acusado de materialismo ante el Obispo Esteban Tempier. Alberto Magno, que se consideraba ya muy proveyecto en 1269, se excusó del viaje a París,

por su avanzada edad; y envió en lugar suyo al eximio discípulo Tomás de Aquino. Remitió a la vez un memorial contra Averroes, solicitado por Gil de Lessines (3). Mas cuando, cinco años después, falleció su amadísimo Tomás antes de acudir al segundo Concilio de Lyon, no le fué posible a Alberto rehusar la concurrencia a aquella ecuménica asamblea; y así contribuyó poderosamente a la unión con la Iglesia Griega, auxiliado por su amigo y cofrade dominicano Fr. Guillermo de Moerbeke, el traductor de Aristóteles y Obispo de Corinto, y en política seglar fué uno de los que decidió, en esa coyuntura, el reconocimiento de Rodolfo de Habsburgo como Emperador, en contra de las pretensiones del Rey de Castilla Alonso X, hermano de sus antiguos discípulos. Con esto consolidó la paz germánica y mereció una expresiva epístola gratulatoria del nuevo Emperador Rodolfo. Al año siguiente de 1275 lo vemos obteniendo del Papa Gregorio X la gracia de la excomulgada Colonia. Al período de su vejez se atribuyen los muy elocuentes treinta y dos sermones sobre el Santísimo Sacramento, antes reputados por de Santo Tomás. Desempeñó además otros cargos particulares y conventuales en diversas temporadas, con residencia en Basilea, Nimega y Amberes. Todavía en 1277, cuando en la Universidad de Paris se levantó nueva tormenta, que esta vez amenazaba condenar las doctrinas y memoria del predilecto y llorado cooperador Tomás, el anciano maestro, en su generoso ardor y recia senectud germana, no vaciló ahora emprender el largo viaje; y triunfó de las censuras del Obispo Tempier, mediante la fuerza de la argumentación y la autoridad de la veneranda presencia. Fué la suprema victoria, con la que honró al ínclito alumno y émulo, cuyo recuerdo sin cesar le arrancaba lágrimas. Se retiró a morir en el convento de Colonia. Testó en Enero de 1278. Las tradiciones expresan claramente que en sus últimos años, agobiado por la edad y los titánicos estudios, perdió las facultades intelectuales. Se extinguió, decrépito, el 15 de Noviembre de 1280.

Los discípulos y cronistas más fidedignos, como Tomás y Chantimpré y Pedro de Prusia, nos lo describen con un lunar en el párpado, de complexión robusta pero de estatura mediana y casi pequeña, en comparación con los de su raza. Tal se confirmó con la exhu-

(3)—Me parece que ha de ser el mismo intitulado, en la colección de las Obras del Santo, *Quindecim problemata contra Averroistas vel Quindecim quaestiones*, (Véase Heriberto Scheeben).—

mación de sus reliquias en 1859. Santo Tomás (cuyo paralelo se impone), tan proceroso y corpulento como Carlomagno, participaba más que S. Alberto del tipo alemán, sin duda por su parentesco cercano con los Hohenstaufen, y su ascendencia de barones normandos y longobardos.

En lo moral, caracterizaron a S. Alberto Magno el entusiasmo y la vehemencia, de que dan palmarios testimonios las efusiones de sus libros místicos y el calor de algunas de sus invectivas (4); el tierno amor paternal e inexhausto por sus discípulos, como el sin rival Tomás de Aquino, el afectuoso Tomás de Chantimpré, que de preferencia fué naturalista y botánico, el gran predicador Ambrosio Sansedoni, y el neoplatónico Ulrico Engelberto de Estrasburgo, bastante análogo en opiniones a S. Buenaventura. La magnanimidad de S. Alberto los exaltó sin sombra de emulación ni de recelo. Es muy de admirar su abnegación y el noble candor de su alma, exenta de toda vanidad y pequeñez, en su perpetuo reconocimiento de la superioridad de Santo Tomás, que él mismo había educado y formado.

En lo intelectual, lo distinguieron la incomparable laboriosidad, la estupenda erudición, la memoria sobrehumana, la curiosidad más

(4)—Véanse éstas por ejemplo en el **Comentario a la política de Aristóteles**, en los **Comentarios al Pseudo Dionisio** y en la homilía sobre la Virgen in **Lucam v 27**, pronunciada en Tréveris y publicada por Von Loe en Bonn, 1916.—

Para la biografía de S. Alberto es siempre fuente esencial la ya citada galería de Echard, **Scriptores Ordinis Praedicatorum**, que utiliza a Pedro de Prusia (Colonia, 1486) y al español Luis de Valladolid. Este último se halla igualmente inserto en los **Bollandistas de Bruselas**.—Consúltese los Ns. 19, 20 y 21 en las **Analecta Bollandiana**.

De los estudios contemporáneos, los más útiles y novedosos son: el de Emilio Michael, S. J. (Insbruck, 1901;—Friburgo en Brisgau, 1903); J. A. Endres (Hist. Jahrbuch, 1910); Franz Pelster, S. J., hoy profesor de la Gregoriana, **Kritische Studien zum Leben** (Friburgo en Brisgau, 1920); y los varios del P. Mandonnet (del que puede leerse un buen resumen en el gran **Diccionario de Teología Católica**, publicado en París bajo la dirección de E. Mangenot); del Profesor de Munich, Monseñor Martin Grabmann, **El influjo de Alberto el Magno** (trad. italiana de Roma, 1931); el volumen del Dr. Heriberto Scheeben (Colonia, 1930); el del P. A. Delorme, O. P. (París—Juvisy, Editions du Cerf, 1932); y en fin los de P. Pucetti (Roma, 1932) y de A. Dezani, Profesor de la Universidad de Turin (Roma, 1932).



despierta y sutil, que sin descuidar un punto lo tradicional, busca y aprovecha con ansia las culturas forasteras y recientes, para armonizarlo todo en razonable compuesto; el ingenio a la vez atrevido y seguro, para tentar y sanear esas nuevas sendas; y la formidable capacidad enciclopédica, para cultivar y hacer progresar, bajo un supremo criterio, las más diversas y heterogéneas disciplinas, sobresaliendo extraordinariamente en casi todas ellas. Bien se echa de ver en lo profano que era del propio temple y estirpe que Leibnitz y los Humboldt.

J. de la Riva-Agüero y Osma.
